

La corrupción italiana

EDWARD LUTTWAK

Traducción de Aurelio Asiain



UN MINISTRO SIN RESPETABILIDAD

GIANNI DE MICHELIS, ministro de Relaciones Exteriores de la República de Italia, asistía a la conferencia semioficial reunida con cierta solemnidad en el palacio Engliem en Bruselas, conferencia organizada por el Centro de Estudios Estratégicos e Internacionales de Washington para el aniversario de la OTAN. Se había hecho acompañar por una hermosa rubia de funciones imprecisas, adscrita al presupuesto de la empresa del estado ENI o, quizá, al partido socialista italiano; por una morena de funciones no menos imprecisas, adscrita al presupuesto de la empresa del estado ENI o, quizá, al partido socialista italiano; por algunos consejeros políticos personales (había añadido unos trescientos a la lista de los adscritos al Ministerio de Relaciones Exteriores, en lugar de la docena acostumbrada) y por una cohorte de diplomáticos y de funcionarios adjuntos más importante que la de cualquier otro ministro o potentado presente en la OTAN, incluyendo la del comandante en jefe de las fuerzas aliadas en Europa (que tiene, como se sabe, una escolta de dimensiones imperiales.)

Gianni de Michelis, ministro de Relaciones Exteriores de la República de Italia, asistía a la conferencia, semioficial pero de un lujo indudable, del Centro de Investigaciones Pio Manzu, que se desarrollaba en octubre en el gran hotel de cinco estrellas de Rimini (equivalente italiano de Torremolinos en el verano, pero de un buen tono fellinesco en el otoño). No lo acompañaban más que una sola y enorme rubia de funciones imprecisas, adscrita al presupuesto del partido socialista, además de numerosos gorrinos, que ocupaban la mitad del Paradiso, el inmenso restaurante discoteca en lo alto de Rimini. El ministro estuvo celebrando hasta la madrugada, como acostumbra. (Mientras duró su mandato, las embajadas italianas, cuando se preparaban para una visita del ministro, tenían entre sus obligaciones la de encontrar una buena discoteca.)

Cuando se escapaba de sus obligaciones como ministro de Relaciones Exteriores y vicepresidente del Consejo de Ministros de la República de Italia, para ir a comer despreocupadamente a un restaurante de moda (casi cada tarde cuando estaba en Roma), Gianni de Michelis se hacía acompañar siempre por no menos de una docena de comensales, entre ellos alguna persona del sexo opuesto, de funciones imprecisas pero adscrita a las listas de presupuesto del Estado o del partido socialista; de varios agradecidos que le

debían su nominación a puestos elevados en las empresas del Estado, a la presidencia de los bancos estatizados, a subsecretarías en los ministerios, y su colocación en tal o cual consejo de gobierno en el que se contaban entre los miembros mejor pagados; cuando menos un aspirante-beneficiario de su poder encargado de distribuir las concesiones del gobierno bajo la forma de contratos, y que debía asegurar, *ex officio* digamos, el pago de la cuenta, siempre colosal, de la comida (con sus ciento treinta y cinco kilos y su más de metro ochenta, de Michelis era él solo un invitado muy costoso, pues aliaba a un apetito de glotón una insistencia de sibarita en regalarse con los productos más selectos de las marcas más costosas).

Pero donde Gianni de Michelis hacía pensar realmente en un potentado oriental, era en su feudo veneciano. El presidente de los Estados Unidos puede arrojar 19 999 armas termonucleares contra cualquier país que llegue a irritarlo; al primer ministro del Reino Unido le basta un gesto mínimo para disponer de las fuerzas armadas, de una división blindada especial, de lo que queda de la Armada Real y también de algunas cabezas nucleares. Pero en todos los otros terrenos, antes de que las cosas cambiaran abruptamente en Italia, los dos hombres eran de una impotencia patética en comparación con el italiano. Este no tenía necesidad de estar en Venecia para enriquecer a su antojo a sus favoritos (George Bush ni siquiera fue capaz de evitar la bancarrota de dos de sus hijos); no necesitaba estar en Venecia para tener una pareja de hermosas mujeres que ignoran y quizá hasta celebran su espectacular fealdad (John Major, todo un Adonis en comparación, únicamente en sueños puede pensar en gratificaciones semejantes). Pero sólo en Venecia podía de Michelis ser de veras el jefe: no tenía que compartir su poder sino con un pequeñísimo número de otros anteriores ministros de Italia.

Sus poderes, en lo que tenían de más oculto, iban de cosas menores como la concesión de permisos para embarcaciones-taxis (supuestamente protegidos por él, los beneficiarios de esos permisos violaban comúnmente y con impunidad la ley que limitaba la rapidez de las embarcaciones para evitar las estelas que causan daños mortales a los pilares de las casas venecianas) a una influencia, en principio mucho más remuneradora, en la concesión de los más grandes contratos gubernamentales de construcción de carreteras, puentes, instalaciones portuarias, empresas de tratamiento de aguas y otras cosas. (El secretario político y

antiguo alter ego del ministro, Giorgio Casadei, pasó meses en prisión, acusado de haber recibido enormes sobornos; su secretaria personal es objeto de una orden de aprehensión aunque hasta el momento no ha podido ser aprehendida). Pero a de Michelis no le faltaba tampoco esa forma de poder que se exhibe oficialmente, a la luz del día y de una manera verdaderamente principesca. Los mismos venecianos que en marzo pasado lo injuriaban ruidosamente a su salida del Palacio de justicia de la plaza de San Marcos, a donde había sido llamado a rendir testimonio sobre una de las numerosísimas acusaciones de corrupción, habían conformado durante años un auditorio apasionado y servil de sus inauguraciones de exposiciones artísticas, palacios restaurados, conferencias de relumbrón y otras reuniones notorias. Ninguna manifestación podía considerarse exitosa en Venecia sin la presencia de Gianni, escoltado por todos sus cortesanos, ayudantes, admiradores de los medios de comunicación y solicitantes esperanzados, y sin su discurso, que instruíra generosamente a los artistas sobre el arte, a los arquitectos sobre la arquitectura, a los economistas sobre la economía, a los urbanistas sobre el urbanismo, a los filósofos sobre la filosofía y a los microneurocirujanos sobre la microneurocirujía.

Nada de lo anterior prueba, sin embargo, que de Michelis haya sido el peor de los especímenes de esa clase política que hoy está en su totalidad cobijada por el olvido, cuando no por la prisión. Todo lo contrario: es de verdad uno de los mejores. No sólo tenía la habilidad del político triunfador y la clarividencia de los políticos superiores; era muy inteligente, un hombre dotado de verdaderas aptitudes intelectuales. Alguien perfectamente capaz de despertar el interés cuando hablaba de arquitectura, de economía, de urbanismo, de filosofía y quizá hasta de microneurocirujía y, por supuesto, de política mundial (no hay nadie que pueda hablar con alguna autoridad de la política italiana). Hoy que ha caído en desgracia, algunos de los periodistas que ayer buscaban con la mayor avidez sus favores han ridiculizado su esquema de cooperación mediterránea, su concepción de la integración europea y su punto de vista sobre las relaciones Norte-Sur. Esas ideas, que expresaba con brillo, poseían gran originalidad. Eran, sin duda, discutibles y yo mismo las desaprobaba totalmente, pero estaban lejos de ser insignificantes. En comparación con la mayor parte de sus colegas italianos y europeos y haciendo excepción de Carl Bilts en Suecia y, por supuesto, de Vaclav Havel, de Michelis resulta un gigante intelectual. Ninguna corte de justicia ha podido, hasta ahora, comprobarle que cometió crimen alguno. Es posible que no haya tomado dinero más que para su partido; es posible incluso que no haya tomado ningún dinero (los magistrados deben tener una opinión diferente, o no habrían puesto en prisión, para hacerlo hablar, a su brazo derecho, Casadei).

En tanto, en la víspera de su caída de Michelis fue el vivo ejemplo de esa altanería característica de la clase política italiana. Ya que mientras en los años ochenta las discretas maneras de actuar de la corrupción política a la vieja usanza se transformaba en una clara corrupción, la exhibición de la altanería se convertía en una moda ostentosa de los políticos —la cual les parecía, evidentemente, una manifestación de machismo electoral restregada en la cara de la gente. Así, a de Michelis le gustaba tener los cabellos largos y descuidados, y largos y descuidados los llevaba. Le agradaba ser

escoltado por mujeres hermosas, y mujeres hermosas lo escoltaban, incluso en sus funciones oficiales. Disfrutaba bailar en las discotecas hasta ahogarse en su propio sudor, y sudaba el alma en alguna discoteca, estuviera donde estuviera, incluso durante sus visitas oficiales en el extranjero.

No hay nada de criminal en ello, pero todo nos lleva a proclamar que, sencillamente, no debemos guiarnos por las costumbres a las que se sujetan en todas partes los políticos demócratas. Los italianos son tolerantes en extremo. Los tienen sin cuidado las relaciones extramaritales o no maritales, homosexuales o heterosexuales y hasta, como en un caso famoso, las apasionadas y casi pederastas de algún miembro del Parlamento o de un ministro. Allá no sería objeto de una rápida desgracia quien fuera sorprendido en un matorral con un guardia. (Italia tiene sus propios *corazzieri*: son también jóvenes hermosos situados en el corazón de las tentaciones de la gran ciudad con poco dinero en el bolsillo). Los italianos tienen más antojos y son todavía más tolerantes, pero esperan, por lo menos, un mínimo de discreción. Son bastante respetuosos de la opinión de los extranjeros para haber deseado, en verdad, que su ministro de Relaciones Exteriores se presentara bajo una apariencia respetable.

Precisamente por eso, de Michelis gozaba en extremo exhibiendo su "irrespetabilidad". "Todos ustedes, los italianos, que tienen miedo del comunismo, decía, si no soportan a los demócratas cristianos, si no están ligados tradicionalmente a los liberales, a los republicanos o a los socialdemócratas, si rechazan el neofascismo y se niegan a perder su voz dándosela a los micropartidos, están obligados a votar por el partido socialista. Como no pueden votar por una persona sino sólo por un partido, el voto de ustedes me llegará de todas maneras. No importa lo que piensen, porque soy uno de los amos del secretariado del partido, el que conforma la lista de los beneficiarios de los votos socialistas. De modo que pueden irse al... con sus ideas pequeñoburguesas sobre la respetabilidad."

De Michelis tenía una manera muy suya de ostentar su altanería, pero esa clase de comportamiento se había vuelto perfectamente común. Algunos políticos preferían exhibir su corrupción. Es el caso de Bettino Craxi, jefe del partido socialista y alguna vez primer ministro, que ocupaba un departamento inmenso en pleno centro de Milán (donde están los alojamientos más caros de Europa), por el que pagaba una renta irrisoria que no le habría permitido, de acuerdo con las tarifas reales, pagar sino una habitación miserable; tenía además una espaciosa suite en el hotel Raffaello de Roma que hubiera costado, ella sola, más que su sueldo. Igualmente, de Mita, jefe del partido demócrata cristiano y el también ex-primer ministro, apenas se sintió desconcertado cuando se hizo público, sin mayores consecuencias, que alquilaba un enorme departamento en el centro de Roma por una bicocha, gracias a una compañía de seguros administrada por el Estado. En cuanto al jefe de Nápoles, Ciriaco De Mita, hacía abiertamente ostentación ante la prensa de su vasto apartamento de varios millones de dólares —el cual no podía pagarse honradamente.

Esos tres eran jugadores de primera división. Pero al final de los años ochenta, incluso los pequeños jefes ocasionales de provincia no hacían otra cosa que enriquecerse en gran escala; proclamaban su corrupción exhibiendo sus recientes

adquisiciones de yates y de villas principescas. El ambiente político italiano llegó a ser de tal modo que los raros jefes del partido que no aceptaban sobornos se veían tentados a hacer como si los aceptarían, por temor a pasar por débiles de espíritu o tontos. Jefes como Ciriaco De Mita hacían entender claramente que quien no es capaz de darle a su hijo adolescente millones de liras en efectivo para el fin de semana, de mantener un yate y, en general, de vivir como un príncipe no está preparado para asumir responsabilidades importantes —y representa, de hecho, un peligro para sus colegas menos idiotas, quienes saben aprovechar debidamente la ocasión. Beniamino Andreotta, demócrata cristiano de Bolonia, hombre de talento excepcional que en un pasado menos corrompido había tenido un muy buen éxito como ministro, debió esperar casi dos décadas y la crisis final de su partido para llegar al Ministerio de Asuntos Exteriores: era conocido por su honestidad; por lo tanto los jefes del partido, envueltos en asuntos ilegales de toda clase, no confiaban en que cerrara el pico.

EL SUR, Y LA POLÍTICA Y EL CRIMEN

La corrupción no era el peor de los pecados en la clase política. Peor que las *tangenti*, las extorsiones sistemáticas de fondos para llenar los cofres del partido, las cuales se practicaban sobre las empresas que buscaban ser agradadas —peor aun que el enriquecimiento personal bajo toda especie de corrupción—, existía la colaboración con el crimen organizado a la que se prestaban fácilmente numerosos políticos del sur. Al decir "numerosos", se está en realidad minimizando el fenómeno ya que se amalgama así la afiliación casi general de todos los funcionarios del "cinturón del crimen" (Campania, Calabria y Sicilia) con la ausencia casi total de esa complicidad en otras partes del sur (Lucania, Púllas). Un día le pregunté a un oficial de los *carabinieri* por qué la policía no cerraba el taller de desmontaje de Nocera Inferiore, demasiado grande para ser clandestino, en el que se desmontaban Fiat 1 y otros automóviles de mucha demanda para venderlos por piezas en toda Italia. Me respondió que era "un problema de equilibrio político". Ocurría que el ministro democristiano del interior de varios gobiernos sucesivos, es decir el jefe de la Policía, provenía de Nocera Inferiore, ciudad que como por casualidad es uno de los principales feudos de la camorra, versión napolitana de la mafia. La ecuación era simple: la camorra aportaba gran cantidad de votos a los demócrata-cristianos. Esos votos le daban un peso político al ministro dentro de su partido, y disuadían por lo tanto a la policía de obstaculizar las operaciones de la camorra, entre otras su fábrica de desmontaje. Por la misma razón los cigarrillos de contrabando, que tan discretamente se venden en toda Italia, se exhibían con toda libertad en las calles de Nápoles. Claro, también el tráfico de drogas gozaba de protección, aunque en cualquier caso, no de modo tan flagrante ni total.

Los favores del sindicato del crimen no estaban reservados a los demócrata-cristianos. En las diferentes regiones del sur, los grupos criminales locales se aliaban lo mismo a los socialistas ultra corrompidos que a los republicanos, que lo eran mucho menos, a los social-demócratas y a los comunistas; en algunos casos, ningún partido tenía derecho a un

apoyo excesivo. En el principal almacén de drogas de Gioia Tauro en Calabria, por ejemplo, la "familia" local retenía la municipalidad gracias a una coalición calcada sobre la coalición nacional de los cinco partidos (demócrata-cristiano, socialista, republicano, social-demócrata y liberal); en cualquier caso, los hermanos y los primos no siempre recordaban muy bien a qué partido se suponía que representaban.

¿Cómo se las arreglaba el sindicato del crimen para tener los "buenos votos"? Lo que parece increíblemente difícil, puesto que los sufragios son secretos, se obtiene razonablemente motivando a la gente (entre otras cosas, ofreciéndoles trabajo en la fábrica de desmontaje mencionada), intimidándola (sobre todo en las zonas rurales en donde es relativamente fácil adivinar quién ha votado por quién), o dándole órdenes directamente. El sindicato del crimen no sólo es poderoso; posee una autoridad real que proviene de su riqueza, de su prestigio y —se cierra el círculo— de sus lazos con el partido local más fuerte, sobre todo cuando ese partido resulta ser el partido demócrata cristiano, el mismo ligado a esa fuente de autoridad todavía más grande: la iglesia católica y apostólica.

En muchos pueblos del sur, el obispo, el jefe del crimen y los funcionarios de Estado locales eran como los rayos de una rueda de poder en cuyo centro estaba el jefe del partido demócrata cristiano, ya que era el único que se comunicaba con cada uno de los otros. En esos lugares, el sentimiento de impotencia total del ciudadano común, que subrayan los observadores competentes, no era por tanto el resultado de una apatía milenaria (según la explicación habitual), sino más bien el reflejo de un amargo realismo. Ver que se rechaza un permiso de construcción para un modesto departamento de cuatro piezas "a causa del plan", y ver que se autoriza una villa de veinticuatro piezas en el mismo terreno una vez que "uno de ellos" lo ha adquirido; ver que se rechaza un empleo en un servicio público para verlo ocupado por alguien mucho menos calificado; ver a los hombres de mano de los "padrinos" pasearse por la calle con teléfonos celulares y las chaquetas abultadas, a la vista y con conocimiento de policías que no se interesan en ellos; ver a los comerciantes locales negarse a comprar bienes y servicios mejores o menos caros porque sus proveedores más onerosos están "conectados"; pagar por la protección de los criminales locales y al mismo tiempo verse extorsionados por los funcionarios; oír hablar de contratos gubernamentales, sobrevaluados hasta lo grotesco, otorgados a las compañías faros del "sindicato" —todo eso formaba parte de la vida cotidiana en el "cinturón del crimen".

La causa fundamental de las alianzas criminales en el sur es sencilla. En el resto del país hay grandes negocios, fuentes de dinero si no de votos. En el "cinturón del crimen" del sur, sin embargo, los negocios de la importancia que sea, propiedad de la gente de la región y dirigidos por ellos, son una rareza —excepción hecha de los del crimen. Y el sindicato del crimen perpetúa esa situación puesto que su poder arbitrario es incompatible con un empresariado arraigado localmente. (En cuanto a los propietarios de industrias venidas del norte, pagaban sin titubear los impuestos de protección y los sobornos, mercado muy bueno en comparación con los subsidios colosales que recibían.)

En Sicilia, en donde todo, como el sol, es más intenso que

en el continente, "el equilibrio político" asegura la protección no sólo del dinero ganado ilegalmente, sino también del asesinato en escala industrial. Salvatore Riina, uno de los grandes amos de la mafia, tenía una orden de aprehensión por cargos de inculpação mayores —entre otros, por haber hecho ejecutar asesinatos múltiples. Vivía sin embargo con toda comodidad en una villa muy agradable, viajando con frecuencia para atender sus negocios en un automóvil con chofer. La policía instalaba retenes en el oeste de Sicilia con suma frecuencia, pero ocurría que nunca interceptó a Riina. De hecho, durante más de veinte años, se mostró incapaz de localizarlo. Luego comenzó el naufragio de los grandes políticos de Roma y Riina fue rápidamente arrestado. Hoy se acusa oficialmente a Giulio Andreotti, ministro desde 1946 y primer ministro en varias ocasiones, de haber protegido a la mafia. Pero no hace falta creer a la letra a los ex *mafiosi* que lo acusan. Los magistrados pueden necesitar pruebas pero nosotros no, ya que Andreotti estuvo, abierta y muy estrechamente, asociado a políticos sicilianos que, por su parte, también estaban asociados a la mafia en las mismas condiciones.

Las alianzas cambian con el tiempo y siguen los deslizamientos relativos del poder. A partir de los años sesenta, el comercio de la droga aumentó enormemente las ganancias del sindicato del crimen (al romper la *French Connection* —la industria marsellesa de la droga— no se ganó más que transferir el negocio a Sicilia y a Calabria). Fue posible comprar protección política sólo con dinero, ni siquiera se necesitaba obligar a un "buen" voto. Lo que ahora se quería cubrir no era ya la tradicional extorsión cotidiana de fondos, sino el aprovisionamiento de narcóticos de toda Italia y más allá, con la imposición de la fuerza, por el asesinato, de las franquicias de venta como corolario. Habiéndose formado protegiendo a los asesinos de criminales rivales, ciertos políticos del sur pasaron a ser, con el tiempo, los protectores potentados de los asesinatos de policías y de magistrados demasiado celosos, y, en particular, de los prefectos nombrados especialmente para luchar contra la mafia, comprendido el caso ejemplar del general Della Chiezza.

No se han alcanzado extremos semejantes más que en los peores sectores del "cinturón del crimen", pero en cuanto a la cantidad de dinero, todo lo que ha ocurrido en el sur sigue siendo insignificante ante los sobornos inmensos que se habían vuelto comunes en el norte a lo largo de los años ochenta: el grupo Feruzzi gastó el solo unos sesenta millones de dólares en una sola transacción para que el Estado le pagara mucho más por una fábrica deficitaria vendida al ENI.

EL PROBLEMA COMUNISTA Y DESPUÉS

¿Cómo pudo descender la política italiana a ese nivel de iniquidad? Todo comenzó en los años cincuenta, de un modo completamente premeditado, en la época en que había dinero no para los yates o los ferraris de los chicos, sino para resistir al poder excepcional del partido comunista italiano. Al obtener regularmente 9.30% de los votos, el PCI no habría tenido necesidad de mucho más para formar una coalición de gobierno con los socialistas de izquierda y algunos partiditos de ultraizquierda. Sin alcanzar siquiera la mayoría electoral, el PCI tenía importantes apoyos a su disposición. Desplegaba con frecuencia a sus miembros enormemente disciplinados

en manifestaciones de masas inquietantes; dirigía la más importante confederación sindical y podía desatar así huelgas políticas devastadoras y su prestigio entre los intelectuales del país le daban mucho más peso en la educación pública, los medios de comunicación y la mayor parte de las instituciones culturales.

El PCI disponía también de mucho dinero proveniente de las ricas cooperativas agrícolas, industriales y comerciales que controlaba, así como de la Unión Soviética. Se sabía desde hace tiempo que las sociedades mantenidas por el PCI tenían arreglos bajo el agua que ignoraban todos los contratos entre Italia y Rusia, pero los archivos secretos de los soviéticos, abiertos recientemente, han revelado que el PCI recibía también subsidios directos; por lo demás, esos subsidios han seguido otorgándose mucho después de la ruptura con Moscú, a resultas de la invasión de Checoslovaquia en 1968, ruptura presentada como definitiva y recibida con fuertes aplausos. El eurocomunismo del PCI, que supuestamente se oponía al Kremlin y a todas sus ambiciones, siguió siendo financiado generosamente por ese mismo Kremlin —en donde se pensaba evidentemente, como entre los comunistas italianos, que el eurocomunismo seguía siendo el mismo producto leninista bajo una envoltura distinta. Fue con el fin de responder a ese desafío de veras siniestro por lo que los demócrata-cristianos buscaron métodos de financiamiento oculto, retomados por casi todos los otros partidos, incluido el PCI.

Incluso teniendo en cuenta los enriquecimientos personales, la política italiana no resultaba un buen negocio. Desde el comienzo hubo necesidad de fondos ocultos para combatir la propaganda omnipresente del partido comunista; en 1951-1953, por ejemplo, Moscú acusó a los Estados Unidos de haber utilizado armas bacteriológicas en Corea; la acusación fue durante tanto tiempo repetida por los comunistas del partido que se convirtió en un hecho, en el que muchos italianos de edad media siguen creyendo. Se necesitaban también fondos para pagar a los representantes de los partidos que luchaban contra el ejército de cuadros comunistas adictos, activos en cada ciudad, cada pueblo, cada distrito urbano; hacían falta además para subvencionar a los sindicatos anticomunistas y a las instituciones culturales a fin de que pudiesen oponerse a sus equivalentes comunistas más poderosos; y se necesitaban, por último, en los años de enorme pobreza que siguieron a la guerra, para dar a los pobres alimentos y vestidos que pudieran contrarrestar el origen de la atracción del partido comunista.

Durante los años sesenta, cuando declinó el fervor ideológico, los demócrata-cristianos encontraron un antídoto mejor al poder del PCI: como habían durante mucho tiempo colonizado al enorme sector estatal reagrupando en corporaciones a las mayores industrias italianas bajo las siglas IRI y EFIM, a la industria petrolera y petroquímica bajo las siglas ENI y a la televisión y la radio bajo las siglas RAI; como habían compartido ya con muchos pequeños partidos de su coalición los arreglos por debajo del agua y los miles y miles de contratos políticos, no tuvieron que hacer más que ofrecer también su parte al PCI, que aceptó de todo corazón. Ese deslizamiento estratégico de la barrera inquebrantable a la cooptación es claramente visible en la división en tres partes de la televisión de la RAI: los italianos podían tener la

interpretación de las noticias según los demócrata-cristianos en RAI 1, la cadena con el mayor presupuesto (su estrella: el Papa); el punto de vista de los socialistas en RAI 2, la cadena de presupuesto medio (la estrella: Bettino Craxi) y la versión comunista en RAI 3, la menos rica de las cadenas (estrellas: Ho Chi Minh, Mao, Arafat). La compartición de entradas ilícitas, la prevention de los contratos del gobierno, la preferencia dada a los partidarios para los cargos de funcionario eran sólo un poco más discretos entre los comunistas. Por supuesto, el sindicato del crimen seguía los movimientos con las consecuencias habituales: en un caso, en Sicilia, el estado mayor provincial del PCI se convirtió en una filial de la familia mafiosa local.

Además de su participación en la repartición de los enormes botines ilegales, los comunistas y los más convencidos de los católicos entre los demócrata-cristianos debían disimular cuidadosamente otra cosa: su notable similitud ideológica, a partir del momento en que las tomas de partido en la guerra fría habían perdido su significado. Tanto unos como otros eran partidarios de un Estado autoritario, enormemente centralizado y amo de la economía, puesto que se oponían fundamentalmente a la libre empresa (aberración debida a los protestantes), a la libertad de pensamiento, a la libertad sexual, a la libertad en el arte, y de hecho, a todo lo que bien puede ser libre; en lo único que diferían era en la elección de sus grandes inspectores: los obispos en un caso, los inspectores en el otro. Esa variedad del antiliberalismo (el "cato-comunismo") resultó en efecto la ideología operativa dominante en la Italia posterior a los años sesenta. Paradójicamente, ningún país fue un aliado tan obediente de los Estados Unidos, y ningún país fuera de la esfera comunista tuvo un Estado que dominara tanto la economía y la sociedad —en abierta oposición a los ideales que los Estados Unidos han tratado de impulsar desde el principio.

La integración del PCI consumó la formación de la clase política italiana, que se convirtió realmente en una clase social, en el sentido marxista estricto: unida en la protección de sus intereses comunes a despecho de las distinciones de partidos y de facciones, y claramente separada de los italianos comunes sometidos a la ley. La reorientación en curso del PDS (el antiguo PCI rebautizado) hacia una cruzada contra la corrupción es una maniobra hábil pero impotente, que no engaña a casi ningún italiano: en el Norte, ciertamente, el PDS está a punto de hundirse.

Transformar la lucha contra los comunistas en una alianza funcional minaba la justificación original de la alimentación de las tesorerías de los partidos con fondos ilícitos. Pero era ya demasiado tarde. Todos los partidos habían desarrollado su propia burocracia interna, enorme y ávida, sus hordas de compañeros de ruta al acecho y de pediguños útiles para las elecciones. Lo que no había sido más que una corrupción del partido, por completo desinteresada, había acabado por convertirse en la corrupción personal casi universal de todos los jefes de partido, grandes o pequeños.

Los italianos gozan de una reputación y de una simpatía excepcionales entre los pueblos del mundo —y por muy buenas razones si se considera la multiplicidad de sus talentos y su notable amabilidad. Por el contrario, la política italiana fue siempre objeto de incomprensión y de aversión, y por razones igualmente buenas, habida cuenta de su impenetrable

complejidad y su mala reputación. Esa es sin duda la causa del error de interpretación muy extendido sobre los cambios radicales en la política italiana de hoy. Sólo en el curso de los últimos meses se ha discernido en los acontecimientos cotidianos los contornos de dos revoluciones gemelas. La primera es la revolución legal conducida por esos magistrados que aplican, tardíamente, la misma ley a todos los italianos, en lugar de eximir de ella a los políticos y sus amigos, como hacían en el pasado. La segunda es la revolución federalista defendida por las ligas del norte, que terminará por descentralizar de algún modo a Italia, ya que todos los países democráticos de cierta importancia lo están desde hace mucho tiempo.

Desde el principio, en efecto, la súbita irrupción de revelaciones sobre la corrupción en gran escala de los partidos políticos, de los ministros, de las empresas del Estado, de los gobiernos de provincia y de las municipalidades, se entendió al revés: se concluía que el pueblo italiano se había dejado ganar, muy recientemente y de manera espectacular, por la corrupción y que las razones se desconocían. Pero esa grotesca interpretación se abandonó rápidamente. Se dieron cuenta de que la única novedad era la revelación de una corrupción muy antigua y que el corrompido no era un pueblo sino más bien un sistema político específico en manos de las burocracias de partidos dirigidas por pandillas rivales o jefes inamovibles.

Ese es el sistema, con su cultura de la corrupción, que está a punto de venirse abajo en muchos partidos (no en todos todavía) de Italia, luego de más de 2 500 investigaciones sobre políticos y sus amigos, algunas docenas de detenciones y de los interrogatorios consiguientes, y de diez suicidios. Parece que después de haber inventado tanto en política, entre otras cosas el concepto mismo de "equilibrio de fuerzas", los italianos han descubierto una nueva especie de revolución no violenta que, por medios enteramente legales, elimina a una clase política entera con poderes enormes y con una riqueza extraordinaria.

EL ANTIGUO RÉGIMEN Y LA REVOLUCIÓN

Al principio la interpretación sobre la emergencia súbita de esas ligas de la Italia del Norte fue igualmente equivocada. Los norteamericanos, sabiendo que existía una brecha entre la riqueza del Norte y la del Sur, empezaron por admitir que se considerara a las ligas como una especie de poujadismo italiano, expresando una negativa egoísta a ayudar al Sur y una especie de racismo regionalista. Se aceptó pues en gran medida la afirmación del *establishment* político italiano que presentaba a las ligas como un movimiento de protesta efímero, destinado a desaparecer rápidamente.

Ahora bien: la existencia misma de esas ligas llamó la atención sobre la estructura del Estado italiano. En un mundo en el que todas las grandes democracias son ya federales o están en gran medida descentralizadas —incluso Francia, que tiene la reputación de ser una e indivisible, tuvo que extender los poderes de sus consejos regionales—, el Estado italiano centralizado aparece como una excepción y una anomalía flagrante. Sólo Japón tiene un centralismo semejante, pero allá las exigencias de autonomía local son reducidas puesto que la administración pública es

líticos nacionales, cuya sede estaba en Roma, su opinión sobre las ligas cambió mucho, pasando del desprecio a la aprobación. Después de todo, ningún país está verdaderamente descentralizado, en el nivel del "Estado", del *Land*, del condado o de la municipalidad. Las ligas, que antes se consideraban racistas, reaccionarias y estériles, son vistas cada vez más como un elemento que libera a Italia del centralismo de la era fascista, perpetuado por el consenso cató-comunista. A la par de los magistrados que echan por tierra a la oligarquía de los partidos, a los magnates sin fe ni ley y a los padrinos de la mafia, las ligas se han convertido en los verdaderos revolucionarios de Italia.

En cuanto a las bombas colocadas en lugares concurridos, no deberían sorprendernos. El terrorismo es tan italiano como las pastas. Surgió en la historia moderna con la lucha contra los Habsburgo conducida por las sociedades secretas que colocaban bombas. Pero los últimos atentados se proponen en cambio, casi con certeza, proteger un estado de cosas que se desintegra. A toda revolución se oponen quienes extraen poder, riqueza y privilegios del *ancien régime*. Normalmente esos enemigos interesados terminan por ser apoyados por la mayor parte de la población, disgustada por la violencia ciega de los revolucionarios.

Lo que ha habido en Italia es sin lugar a dudas una revolución, puesto que una élite política completa ha sido barrida. Pero la revolución italiana —ya es hora de llamarla por su nombre— no tiene precedente en la historia: no sigue más que vías legales y sus líderes no son unos locos sedientos de sangre ni unos comisarios asesinos. En consecuencia, no desata las reacciones contrarrevolucionarias de costumbre. Todo lo contrario: la mayor parte de los italianos apoyan completamente a los fiscales. Lejos de querer detenerlos, esperan con impaciencia que salga a la luz la corrupción que reina en las regiones y en las instituciones del país que no han sido examinadas seriamente todavía.

Los protagonistas y los beneficiarios del *ancien régime* no tienen la menor oportunidad de ganar el apoyo de la mayoría de la población. Están aislados y seguirán estándolo. Algunos de ellos han sido orillados a recurrir al último expediente: el suicidio. La enorme mayoría acepta, porque no le queda otra, la pérdida del poder político y del prestigio social y no trata más que de conservar la riqueza mal adquirida y de evitar la cárcel. Algunos en los partidos tratan todavía de escapar a la persecución con maniobras en el Parlamento (completamente desacreditado); recurriendo a la ayuda de un presidente de la república que fue elegido, por cierto, por ese mismo Parlamento; buscando el apoyo en los medios de comunicación de aliados a los que pueden hacer cantar, o de personalidades de la Iglesia, que estarían felices de colaborar con ellos, sabiéndolos corrompidos. Todos denuncian la

crueledad excesiva de la detención preventiva (habían votado por ella en el pasado), claman que las investigaciones duran ya demasiado (y acaban de comenzar), que el desmembramiento del sistema es demasiado costoso para la economía italiana (cuando es el enorme crecimiento de la corrupción en los años ochenta lo que la ha debilitado).

El sindicato del crimen ha beneficiado también enormemente al régimen, pero su expresión natural toma la forma de la violencia, no la de los chanchullos de último momento en el Parlamento ni la de la intervención de personas desacreditadas. Sus miembros, contrarrevolucionarios muy particulares, precisamente porque están aislados no se sienten inhibidos por el temor a una opinión pública hostil. En ese sentido, las bombas de Roma, Florencia y Milán eran perfectamente previsibles. En el momento en que los políticos que los protegieron durante largo tiempo han quedado reducidos a la impotencia; en el momento en que la policía es por fin libre de actuar contra ellos con todos sus medios, los grandes jefes del crimen tienen todas sus razones para temer al porvenir. Se han terminado esos políticos anti-mafia anunciados con gran alharaca en Roma por los políticos para mejor sabotearlos en el nivel local. Ya no se podrá nombrar a esos superfiscales para mejor dejarlos caer cuando querían actuar.

Al perder su arma más poderosa, el apoyo de los políticos, al sindicato del crimen no le queda sino el terrorismo. Poner bombas tiene un fin lógico: asustar a la gente, actuar sobre la opinión pública y hacerle llegar el mensaje de que si las investigaciones cesan, si el régimen es restaurado, cesarán los atentados. Los lugares en que se ponen las bombas son también perfectamente lógicos: si la bomba explota en un lugar muy conocido, llamará más la atención que si explota en algún oscuro suburbio. En teoría, es posible que esa explicación lógica sea falsa; que las bombas hayan sido puestas por otros, por el mismo motivo o por una razón enteramente distinta, es decir por alguna razón racional. En todo caso, no se puede otorgar ningún crédito a la hipótesis de una intervención extranjera que ofrecen ciertos políticos italianos, sin hacer ninguna precisión y utilizando así todavía el lenguaje caro a los comunistas y a los católicos del *ancien régime* a los que les gustaba hablar de una conspiración.

De hecho, saber quién ha colocado las bombas y por qué carece de importancia. Las ligas y los magistrados van sin duda alguna a seguir avanzando y a crear las condiciones previas al establecimiento de un Estado normal: pequeño, descentralizado y razonablemente honesto. En un estado semejante el crimen llegará a ser normal, y los criminales dejarán de soñar en influir en la vida política de Italia. ✱

© Le débat

